

La caja de música

La historia que voy a contar es real y fue transmitida parcialmente por el prestigioso psiquiatra doctor don Nicolás Cevallos, que en paz descanse.

Un paciente suyo, el señor Anselmo R., un esquizofrénico de pronóstico leve estaba escuchando la radio. Emitían un programa de divulgación científica donde trataban el tema de la vejez y sus enfermedades asociadas. Él ya tenía una edad avanzada y el tema lo alteraba profundamente. Cerró la radio y de inmediato sufrió unas primeras convulsiones producto de la ansiedad. No podía controlarse ni parar de moverse y esto lo enfurecía y lo ponía más violento. Tiró la radio con fuerza y quedó destrozada. Después siguió con el mobiliario, cuadros, sillas, mesas, cubertería, vajilla, cristalería y todo lo que le caía en las manos. Cuando ya no quedó nada por destrozar se desplomó al suelo, exhausto, y se durmió.

No tuvo un sueño placentero, más bien una pesadilla. Se le presentó Agapito E., un antiguo socio, y también Regina T., su propia esposa. Él los había matado a ambos, fue un crimen pasional, lo engañaban desde hacía tiempo. Cuando descubrió su relación extramatrimonial no les dio opciones para explicarse. Les pegó tres tiros a cada uno, quemó sus cadáveres tanto como pudo, ardían bastante mal, y escondió los restos en el falso techo que construyó entre el lavabo y la cocina de su apartamento. El crimen no fue descubierto, nadie denunció las dos desapariciones. Pero Anselmo R. tenía pesadillas recurrentes y en ellas se le aparecían los dos amantes desde el más allá. Le sonreían con malicia y le tendían la mano, como esperando con ganas el momento de su traspaso. Por eso no soportaba su vejez y tenía pánico a morir.

Se despertó sudando, palpitaciones en el corazón y la cara desencajada. Se levantó a trompicones en medio del estropicio que había formado en la casa. Se fijó en el único cuadro que aún colgaba de la pared. Era un dibujo en blanco y negro. En él se veía una calle de su ciudad, una de las más concurridas, todos los edificios vistos en perspectiva a ras de suelo. Y una persona de cara, en la acera izquierda, que andaba llevando un pequeño paquete en la mano. No se veía a nadie más, ni coches aparcados ni circulando.

Anselmo R. no podía creer lo que veía: ¡el cuadro tenía vida! Aquel hombre andaba y los edificios se movían como alejándose de él. Cruzó una calle, giró a la derecha, se paró en un semáforo a pesar que no había circulación ni peatones. El hombre siguió su camino y Anselmo R., sin salir de su asombro, vio cómo aquella figura con el paquete en la mano se aproximaba cada vez más a su domicilio. Todo aquello era imposible y sin embargo él lo veía claramente. Y estaba despierto, sin duda.

El hombre del cuadro estaba tan cerca de la casa de Anselmo R., que este miró por la ventana. Efectivamente vio en la calle a un hombre, en blanco y negro, con un paquete en la mano. Estaba convencido que aquello sería su final. Era la venganza de Regina T. y Agapito E. Le enviaban un fantasma para llevárselo al más allá.

Sonó el timbre del interfono y vio en el cuadro cómo aquel hombre estaba abajo, llamando a través del portero automático. Anselmo R. estaba derrotado. Había llegado su hora pero la afrontaría con valentía, con dos cojones, pensó. Abrió la puerta de la calle y esperó unos segundos. Oyó cómo el ascensor se ponía en movimiento, se paraba instantes después en su rellano y sonaba el timbre de su puerta. Anselmo R. la abrió y se encontró con un hombre sin rasgos destacables, el mismo del cuadro, que le entregaba el paquete, daba media vuelta y marchaba cogiendo otra vez el ascensor.

Anselmo R. no entendió nada. Cerró la puerta y miró nuevamente el cuadro. Pero este ya había recuperado su dibujo original, una preciosa marina de autor con firma. No quiso pensar más sobre ese tema, no tenía explicación.

Desembaló el pequeño paquete. Era una caja de música¹ y al abrirla ya sonaron las primeras notas. Se veía el mecanismo de funcionamiento, un rodete presumiblemente de acero con unas incisiones grabadas en él, las notas musicales; unas lengüetas que las rozaban provocaban el sonido y una manivela servía para hacer girar el rodete.

Todo parecía muy simple pero no lo era. Dando vueltas a la manivela, siguiendo las agujas del reloj, sonaba una melodía. Pero si se hacía al revés, la melodía lógicamente cambiaba, y también lo hacía si la manivela se manipulaba a distinta velocidad. Todo muy curioso, pero sin sentido. En la caja había una pequeña tapa, la abrió y encontró una nota. Necesitó ponerse sus gafas para poderla leer. Entonces se dio cuenta que había pentagramas y notas musicales escritas, una partitura, y además, las “instrucciones” de uso y manejo de aquel extraño instrumento, de fabricación suiza, llamado *Polyphon pour les âgés* (multitono para los mayores), del género *Harmonia coeleste*, el cual llevaba incorporado un juego de tubos de órgano.

Anselmo R. no lo podía creer. Las explicaciones decían que poniendo las notas correctas en el rodete y accionándolo a una velocidad determinada, la música conseguía rejuvenecer a quien la escuchara. Era muy conveniente cantar la melodía, así se aceleraba el proceso. Aquello era muy surrealista, pero ¿qué perdía si lo probaba?

Pensó en la posibilidad que alguna divinidad quisiera premiarlo por haber matado a las dos personas más viles que había conocido y que lo engañaron miserablemente. En todo caso, ¿no se trataba de favorecer la entropía del universo, el desorden y el caos? Pues él había hecho contrariando las leyes humanas que exigen el respeto por la vida. Y nadie lo había descubierto. Si alguien entrara ahora en su apartamento encontraría caos y desorden. Y también dos grandes bolsas de plástico, en el altillo del pasillo, con los restos de dos cuerpos semicalcinados.

Las instrucciones eran claras y parecían sencillas. Pero había un problema: él ya no recordaba muy bien los intrínquilos del solfeo. Consultó los libros que tenía a mano y los textos de música que aún guardaba de cuando fue alumno de la gran Marai Vergracibia. Refrescó la memoria y pensó que ya estaba todo claro.

Reconocía aquella pieza musical. Se trataba de un fragmento de la Cantata BWV 147 de Johann Sebastian Bach, *Herz und Mund und Tat und Leben*². Anselmo R. la recordaba vagamente, la había escuchado en diferentes ocasiones. Pero no la sabía completa y no tenía conocimientos de alemán para saber qué significaba el texto que debía cantar. Estudió la melodía de manera febril, tanto las notas musicales como el canto, que repitió una y otra vez, intentando entonar lo mejor posible. Interpretaría la voz de tenor, la que mejor se ajustaba a sus características.

¹ La caja de música es un aparato mecánico que ejecuta música grabada en un rodillo dentado. Fue inventada en el año 1796 por el relojero suizo Antoine Favre, cuando la presentó a la Sociedad de las Artes y las Ciencias de Ginebra, en Suiza.

² Esta magnífica Cantata de Bach, "El corazón y la boca y los hechos y la vida", una de las más célebres, fue compuesta en el año 1723 en Leipzig con motivo de la fiesta de la Visitación de la Virgen María, que en la liturgia luterana se celebra el día 2 de julio. Es una Cantata relativamente larga, cerca de media hora, dividida en dos partes y diez secciones, y la parte vocal corre a cargo de un coro, soprano, contralto, tenor y bajo. Anselmo R. debía interpretar la sección décima, *Jesus bleibet meine Freude* (Jesús sigue siendo mi alegría). El autor de la letra fue Martin Jahn, que la escribió en 1661 como un himno religioso.

En las instrucciones se le advertía que sólo podría tocar y cantar completa la melodía una única vez, no había posibilidad de pruebas. Una vez cargadas las notas en el rodillo, ya no habría marcha atrás. Esta es la partitura:



my

Tenore.

Je - sus blei - bet mei - ne Freu - de, mei - nes
 Her - zens Trost und Saft,
 Je - sus weh - ret al - lem Lei - de,
 er ist mei - nes Le - bens Kraft,
 mei - ner Au - gen
 Lust und Son - ne, mei - ner
 See - le Schatz und Won - ne,
 da - rum lass' ich Je - sum nicht
 aus dem Her - zen und Ge - sicht.

Anselmo R. grabó todas las notas en el rodete, la comprobó de manera compulsiva y se cercioró que no cometía ningún error. Al fin lo tuvo completo, había memorizado toda la melodía y tenía pleno conocimiento del tempo de la misma. No había fallo posible. Las notas estaban bien ordenadas y a punto para sonar.

Se puso en pie y de manera solemne cogió la caja de música con la mano izquierda y la manivela con la derecha. Empezó a rodar con un movimiento seguro y acompasado.

Cuando terminó la introducción musical, empezó el canto. Lo hizo a la perfección, sin el más mínimo error. Una interpretación soberbia, pensó; incluso su acento parecía el de un alemán nativo. Dejó la caja de música sobre el suelo y esperó acontecimientos. Entonces le sobrevino un mareo muy fuerte, unos pinchazos en la cabeza, una visión nublada y una pérdida de conocimiento. Cayó al suelo y quedó tendido junto a la caja de música.

Cuando Anselmo R. recobró el conocimiento se encontró sobre una cama, tapado con sábanas muy blancas. No reconocía aquel lugar, una habitación grande, con mucha luz natural. Reinaba un gran silencio, una gran sensación de paz, muy agradable. Todo respiraba orden. Las paredes blancas, limpias; el suelo liso, blanco, limpio. Era un ambiente extremadamente higiénico, aséptico podría decirse. Era seguro que no se trataba del infierno. Pero ¿dónde estaba? Se levantó con muchas dificultades de la cama. Iba vestido con una bata blanca, abierta por detrás, igual que las que llevan los enfermos en los hospitales. Pero él no estaba enfermo.

Recordaba con claridad la interpretación perfecta de la Cantata de Bach. Había rejuvenecido muchos años, estaba seguro. Se miró las manos y las vio arrugadas, muy arrugadas, mucho más que antes de tocar la melodía. Sintió un pinchazo en el corazón. Los brazos parecían pellejos resecos, muy delgados. Se dirigió con gran pesadez hacia una puerta blanca y la abrió. Era el lavabo. Entró y se miró en el espejo. No lo podía creer. ¡Había envejecido por lo menos treinta años! ¿Qué edad podría tener él ahora, noventa años, noventa y cinco años? Su barba blanca, espesísima, aún le daba un aire más decrepito. Quiso gritar con fuerza, pero no pudo. No tenía energías ni para eso.

Salió del lavabo a trompicones, medio cayéndose. Algo había salido mal. Pero él había interpretado la melodía a la perfección, no fue un sueño. Lo habían engañado, estaba claro. Aquel hombre del cuadro, en blanco y negro... aquel hombre fue enviado por Regina T. y Agapito E., no había duda. Querían acelerar su traspaso y vengarse de él.

Se sentó en la cama, abatido, y pensó. Si ese instrumento de música podía envejecer a quien lo manipulara, también podría rejuvenecerlo, simplemente siguiendo las instrucciones al revés. Observó un timbre en la pared, detrás de la almohada y llamó repetidamente. Un instante después entró una enfermera, joven, vestida de blanco, se molestó por la insistencia de sus llamadas y le preguntó secamente qué quería.

Anselmo R. preguntó que qué hacía allí y exigió que le entregaran al instante su caja de música. La enfermera le explicó que estaba en una residencia de ancianos, Luces de Bohemio. Había llegado allí hacía unos tres meses y los médicos pensaban que ya no despertaría. Unos vecinos suyos avisaron a la ambulancia al ver la puerta de su apartamento abierta y encontrarlo tendido en el suelo. Sobre la caja de música, la enfermera no tenía ni idea, que preguntar él a servicios sociales, fueron los que lo trajeron a la residencia.

Enseguida entró el médico de guardia, sorprendido por aquella recuperación milagrosa. Le hicieron un reconocimiento completo pero no encontraron los orígenes de su mal. Simplemente le dijeron que era muy extraño todo lo ocurrido, pero no había explicación científica. Su estado de salud era óptimo, todo lo óptimo que puede estar una persona de noventa y cinco años. Pero él no se conformó con aquel diagnóstico, él aspiraba a más. Pidió que lo llevaran a la biblioteca de la residencia, quería documentarse sobre cierto tema que lo atormentaba. Allí consultó diversas obras, musicales, y descubrió lo ocurrido, para su desgracia.

Anselmo R. no se había dado cuenta que aquella partitura musical contenía un error, una trampa malintencionada. En las dos últimas estrofas, la partitura original dice así:

“... da __ rum lass’ __ ich Je __ sum nicht (por eso no quiero a Jesús
aus dem Her __ zen und Ge __ sicht” fuera de mi corazón y mi vista)

da - - rum lass' - ich Je - - sum nicht
aus dem Her - zen und Ge - - sicht.

Sin embargo, en la partitura de la caja de música había una pequeña diferencia, muy pequeña e inapreciable para quién no conoce la melodía con detalle ni sabe alemán:

“... da __ rum lass’ __ ich Je __ sum (por eso quiero a Jesús
aus dem Her __ zen und Ge __ sicht” fuera de mi corazón y mi vista)

da - - rum lass' - ich Je - - sum
aus dem Her - zen und Ge - - sicht.

La partitura original dice “**por eso NO quiero a Jesús fuera de mi corazón y mi vista**”. Y en la partitura de la caja ponía “**por eso quiero a Jesús fuera de mi corazón y mi vista**”. Una diferencia de una simple nota “la” blanca, de doble duración que las notas negras precedentes. Y una única sílaba, NO, que daba un sentido contrario a la intención del texto¹⁵.

Anselmo R. se fue a su habitación, desconsolado. Permanecer en aquel estado era peor que morir. Y la muerte sería irreversible, llegaría en cualquier momento. ¿Por qué no adelantar acontecimientos? Ya se vería la venganza de Regina T. y de Agapito E., él tenía razones sobradas para haberlos mandado al otro mundo. La Biblia ya avisaba: “ojo por ojo, diente por diente”, y quien engaña merece castigo.

Reconfortado por estos pensamientos y con la seguridad que en el más allá entenderían sus argumentos, Anselmo R. se dirigió a la ventana. La abrió, miró hacia abajo y se

¹⁵ Curiosamente se conservan dos versiones de la Cantata 147 en las distintas ediciones. En la más antigua, la palabra “wunden”, heridas, aparece en lugar de “wundern”, milagros, dos definiciones que, de alguna manera, podrían considerarse opuestas.

precipitó al vacío, sin vacilar. Cinco pisos hasta la calle y Anselmo R. quedó tendido en medio de un enorme charco de sangre. Cerró los ojos y no vio acercarse su propio impacto. Casi ni lo notó, a su edad no se siente ni dolor.

- ¿Qué le ha parecido mi escrito, doctor Nicolás Cevallos? Le pondré por título *Acherontia atropos*, como la mariposa de la muerte³. ¿Verdad que este escrito demuestra que no estoy loco, que puede darme el alta? No aguanto más en este sanatorio, usted lo sabe bien, entre tanto demente. Fuera me esperan, me aprecian y me quieren bien, me cuidarán con esmero.

- Anselmo R., has escrito un relato corto, cinco páginas. Reconozco que es original y que me ha interesado. Toda la historia está bien engarzada y el desenlace es sorprendente. Pero como bien comprenderás, no es suficiente para que te dé el alta médica. Has demostrado tener una imaginación fecunda, pero padeces una esquizofrenia profunda y no tienes familiares que puedan hacerse cargo de ti. Además, convendrás conmigo que en tu escrito has reproducido unos hechos que se apartan de toda racionalidad humana.

Tú deberás medicarte toda la vida. Y sabes que no podemos correr el riesgo que salgas de este centro y vuelvas a matar, ya lo hiciste con tu madre y con tu hermano. Hace muchos años que estás aquí con nosotros. Estás bien controlado y tu estado no empeora. Ya eres un hombre mayor, debes concienciarte que aquí pasarás el resto de tu vida. Fuera no te espera nadie ni nadie te recuerda. Creo que será bueno para ti que sigas escribiendo, es beneficioso para la mente. Pero escucha un consejo: alarga más tus composiciones, no las hagas tan cortas, podría ser posible que algún editor innovador se interesara por la obra de un recluido psiquiátrico. Yo podría ayudarte en este sentido, tengo buenos contactos. Pero antes deberás aplicarte y escribir una obra con mayor contenido. Anselmo R., me ha gustado charlar contigo, ahora ya puedes regresar a tu pabellón con los demás compañeros.

Anselmo R. no levantó de la silla del despacho del doctor Cevallos. Se puso rojo intenso y empezó a soplar con fuerza. El psiquiatra reconoció que a su paciente le sobrevinía un ataque y quiso pedir ayuda. Pero no le dio tiempo. Anselmo R. se levantó de un brinco, arrancó el teléfono de la mesa y con él golpeó al doctor en la cabeza. Este se echó para atrás, tenía un boquete en la frente que sangraba abundantemente. Pidió clemencia, que no lo matara, intentó gritar pidiendo ayuda, pero Anselmo no se lo permitió, le siguieron lloviendo sin poder zafarse de ellos. Nicolás Cevallos quedó tendido en el suelo, la cara totalmente desfigurada y restos de carne enganchados en el auricular. Aún se movía ligeramente, pero estaba herido de muerte.

³ *Acherontia atropos*, o esfinge de la calavera, es una mariposa nocturna de la familia Sphingidae. . El nombre fue puesto por el gran naturalista sueco Carl Linné en el año 1758 porque la mariposa tiene un dibujo en el tórax que asemeja una calavera humana

En la mitología griega, Aqueronte era el río que debían atravesar las almas para llegar al reino de los muertos. Se trataba de un río estancado, de márgenes fangosas y cubiertas de cañaverales.

Átropos, que significa inexorable o inevitable en griego, es representada con aspecto severo y una balanza. Es la tercera de las Moiras, junto a Cloto y Láquesis, las personificaciones del destino de cada uno. Ellas regulaban la duración de la vida con la ayuda de un hilo que Cloto hilaba, Láquesis enrollaba y Átropos cortaba, justo cuando la existencia del mortal llegaba a su fin. Según algunas genealogías, las tres Moiras eran hijas de Zeus y Nix, la noche, que a su vez era hermana de Érebo, personificación de las tinieblas infernales.

Entonces entró la secretaria del psiquiatra, pero antes que pudiera ver el terrible espectáculo, recibió un fuerte empujón, se golpeó contra la puerta y cayó al suelo, sin sentido. La salida para Anselmo R. estaba franca, los dos guardas de seguridad estaban fumando en el jardín, ajenos al suceso.

A pesar de su edad, Anselmo R. se descolgó con agilidad por la ventana. Era un primer piso, menos de tres metros del suelo. Ayudándose de las ramas del árbol adosado al edificio, el descenso fue muy sencillo.

La verja que daba la entrada o la salida de la institución psiquiátrica estaba cerrada. Pero justamente en aquel momento vio como se acercaba una furgoneta. Era el reparto de comida que diariamente servía un supermercado cercano. Anselmo R. se escondió tras un muro. Esperó que la mercancía fue retirada del vehículo, y aprovechó para entrar allí rápidamente y esconderse en el fondo. Cinco minutos después la furgoneta salió del recinto y él se sintió libre.

Anselmo R. llevaba en la mano su manuscrito *Acherontia atropos*. Quizás haría caso al doctor Cevallos, alargaría la historia y la convertiría en un texto con posibilidades de éxito. Estaba catalogado como esquizofrénico y no se medicaría, estaba seguro que no lo necesitaba. Había matado nuevamente y su futuro sería incierto. Pero había sido listo, cogió la cartera del psiquiatra con toda su documentación y tarjetas de crédito, tendría posibilidades de escapar.

Poco después, la furgoneta paró. Esperó que abrieran la puerta trasera. Dio un fuerte empujón al empleado del supermercado, que cayó al suelo, y él aprovechó para escapar a la carrera. Estaba en el centro de la ciudad, le sería fácil pasar desapercibido en medio de tanta gente. Su ropa no era sospechosa, vestía ropa de calle, nada que lo delatara. Además, también cogió la americana del doctor Cevallos, eso le confería cierta distinción.

Pronto pasó por delante de una pensión que le dio confianza. Entró en ella y pidió una habitación sencilla. Se hizo pasar por el propio doctor Cevallos, psiquiatra de profesión, una convención científica lo había llevado a aquella ciudad. Al recepcionista, un chico joven que leía el periódico, poco le importaba quién fuera él. Copió sin interés los datos del documento de identidad sin fijarse en la fotografía, pasó el cargo de la tarjeta de crédito por una noche de estancia y le dio la llave de su habitación.

Anselmo R. marchó tranquilo, todo iba bien. La habitación le gustó, sencilla pero suficiente. Se quitó la ropa y se duchó, agua limpia por fuera y por dentro. Se sintió muy refrescado y animado, atrás quedaba la visión de otra muerte sangrienta. Hacía años que no disfrutaba de esta sensación de libertad.

Se echó sobre la cama y encendió la televisión. Emitían un programa de divulgación científica, la vejez y sus enfermedades asociadas. La cerró inmediatamente, pero notó que su rostro enrojecía intensamente, empezó a soplar con fuerza y sufrió las primeras convulsiones. No podía controlarse ni parar de moverse y esto lo enfurecía y lo ponía más violento. Tiró el televisor con fuerza y quedó destrozado. Después siguió con el mobiliario, cuadros, sillas, la mesilla de dormir y todo lo que le caía en las manos. Cuando ya no quedó nada por destrozar se desplomó al suelo, exhausto, y se durmió.

No tuvo un sueño placentero, más bien una pesadilla. Se le aparecieron su madre y su hermano. Le sonreían con malicia y le tendían la mano, como esperando con ganas el momento de su traspaso.

Se despertó sudando, palpitaciones en el corazón y la cara desencajada. Se levantó a trompicones en medio del estropicio que había formado en la habitación. Se fijó en el único cuadro que aún colgaba de la pared. Era un dibujo en blanco y negro. En él se veía una calle de su ciudad, una de las más concurridas, todos los edificios vistos en perspectiva a ras de suelo. Y una persona de cara, en la acera izquierda, que andaba llevando un pequeño paquete en la mano. No se veía a nadie más, ni coches aparcados ni circulando.

Anselmo R. no podía creer lo que veía: ¡el cuadro tenía vida! Aquel hombre andaba y los edificios se movían como alejándose de él. Cruzó una calle, giró a la derecha, se paró en un semáforo a pesar que no había circulación ni peatones. El hombre siguió su camino y Anselmo R., sin salir de su asombro, vio cómo aquella figura con el paquete en la mano se aproximaba cada vez más a la pensión. Todo aquello era imposible y sin embargo él lo veía claramente. Y estaba despierto, sin duda.